

## SEGUNDA PARTE.

---

EL IMPERIO.

I.

A mi pesar, he tenido hasta aquí que estenderme demasiado. Pero para que esta obra fuera un cuadro completo de la historia de la intervencion y del imperio, tenia que tocar los claros que en ella dejaba el autor francés, que retocar sus personajes, y delinear los sucesos olvidados en el calor de su defensa del mariscal Bazaine. Esto me ha obligado á ser algo estenso en la primera parte de mi opúsculo, puesto que comprendia una época enteramente descuidada por Kératry.

Mas al llegar á la segunda parte, es decir, al imperio, tengo que ser mas breve, porque no voy á hacer la crónica de esos años, sino á rectificar los errores cometidos por el conde breton, narrando tambien algunas veces los hechos que no mencionó su pluma, sin duda porque no afectaban al plan que la habia guiado.

Comprendo que esas rectificaciones son muy difíciles, porque no sé siempre cuál es la verdadera opinion de Kératry sobre los hechos que cuenta: por eso marcha en medio de contradicciones increíbles.

Unas veces supone que Maximiliano gobernó con toda su libertad de acción, para atribuir á él solo los errores de su administración, y esculpar así de toda responsabilidad al jefe de la intervención, á quien se ha acusado de gravitar con toda su influencia armada sobre los actos del soberano.

Otras veces, cuando se ha acusado á Bazaine de su poca concurrencia para salvar el imperio, su defensor se empeña en probar que la buena dirección del mariscal había mantenido el trono que él mismo levantó para Maximiliano.

¿Cuándo, por fin, tiene razón Kératry?

Esa inconsecuencia tan notoria, es hija de la pasión que lo inspiraba. Si hubiera sido imparcial debía haber dicho, y entonces hubiera sido justo, que la influencia francesa fué tan perjudicial al imperio, como lo fué su abstención; porque aquella se ejercía adonde no debiera, y porque esta se efectuó cuando tenía el carácter de una deslealtad.

Por otra parte, cada lector, sin que necesite mi anotación, irá rectificándola á su vez, conforme á su manera de pensar ó de sentir, y yo habré cumplido con dar la poca luz que ha estado á mi alcance.

Disipado el humo del cañón y de los fuegos artificiales con que se había saludado el advenimiento al trono, marchitas las flores que se habían arrojado á los pies del emperador, reducidos á su prosáico armazón los arcos de triunfo que se levantaron en honor suyo, Maximiliano vió que estaba solo en la escena, y aislado en medio de aquella multitud.

Y sin embargo, Kératry dice que á su llegada se había

formado un partido imperialista, sincero y lleno de entusiasmo.

Kératry se equivoca.

Cuando este escritor pinta la calma que por un momento reinó en México, creyendo que era su hora inesperada de salvación, comete un error de apreciación.

Esa calma era ficticia: los dos adversarios, los dos partidos que hace medio siglo luchaban con la república, descansaban un momento para tomar aliento y continuar de nuevo el combate.

Pero Maximiliano no tenía aun un partido suyo al lado.

Y esto es muy fácil de explicarse.

El partido conservador que había comprendido por la actitud del soberano y por las indiscreciones de sus consejeros, que el emperador no sería un Zuloaga segundo, el partido conservador que veía la influencia francesa sosteniendo las leyes de reforma de Juárez, comenzó á temer por el futuro y á retraerse en su adhesión al nuevo orden de cosas: cada día contaba Maximiliano menos con él.

El partido liberal, el verdadero partido liberal exaltado, era enteramente hostil al imperio, y jamás se ligaría á él, porque no podía ni debía abdicar de la legalidad del título republicano ni de sus esperanzas de que se restauraría la República.

Solo quedaba el partido moderado. Allí fué á buscar sus hombres Maximiliano, y á muchos llevó á su lado. Este fué su error primero.

Si el partido conservador le había regalado un imperio, debía constituir su gobierno con los hombres que le pertenecían, y no creárselos enemigos por ir á buscar amigos dudosos en el bando que tanto lo atacaba.

Además, que esa política fusionista no era nueva en el país, ya había producido la desgracia de los gobiernos que la habían ensayado: esa lección debió servirle.

Si á la ilustracion de Maximiliano pugnaba la aceptacion de los principios retrógados, al momento en que se sentaba en el trono, debió comprender lo absurdo de su obra.

Pero desgraciadamente los vástagos de las dinastías no han llegado á convencerse de que la monarquía constitucional y progresista, es un absurdo irrealizable, sobre todo en el suelo democrático de América.

Sea lo que fuere, Maximiliano siguió adelante su plan, forzoso por otra parte, fuerza es confesarlo, porque tenia á la vez que plegarse á la política francesa. Pero esta es la consecuencia forzosa de quien se empeña en un mal camino.

Durante los tres primeros meses, el emperador de México permaneció en una inercia sorprendente. Ninguna disposicion, ninguna ley emanaba de su voluntad soberana, y esto sorprendia á todos los que veian aquella quietud, cuando todos los ramos de la administracion exigian un remedio á los males de que adolecia.

Maximiliano se limitaba á organizar su casa, á nombrar consejeros, chambelanes, damas de honor, caballeros de Guadalupe, caballerizos, y lacayos de varias categorías.

Y veia con los brazos cruzados que el país marchaba bajo el impulso que le habian dado los dos gefes franceses.

La administracion política era muy sencilla, porque marchaba sin ley normal y segun disponia el ministerio.

La administracion de justicia tenia por principal resorte las terribles cortes marciales tales como las habia organizado Forey, y las cuales daban su sentencia poniéndose sus vocales en pié, descubriéndose la cabeza y fallando en nombre de S. M. Napoleon III, que deseaba salud á todos los presentes.

La administracion militar la tenia Bazaine á su cargo.

Maximiliano comprendió entonces que era un soberano inútil por entonces, y dispuso viajar por el interior del país.

La idea era buena.

Así se creeria en México que el emperador deseaba conocerlo y apreciar á sus hombres antes de proceder á la obra de su regeneracion.

Y en Europa, cuando se supiera que el soberano recorria su reino tan fácilmente y sin hallar tropiezos, se formaria la confianza de que México estaba definitivamente pacificado y esto facilitaria la consumacion del empréstito francés abierto en Paris, con cuya especulacion contaba el trono para nutrir algo su arruinado tesoro.

El dia 13 de Agosto de 1864 salió Maximiliano para Querétaro.

¿Por qué no aguardó dos dias más para honrar con su presencia las fiestas que se hacian el dia 15 en honor del santo de Napoleon III?

La division entre la Francia y el imperio era muy temprana.

El 17 del mismo mes llegó á Querétaro.

Sin embargo, en ese viage comenzó el emperador á tomar medidas para cambiar el elemento conservador que habia erigido la regencia en el país entero.

En Querétaro, y lo mismo hizo en casi todas las ciudades que tocó, cambió todo el personal de la administracion reemplazándola con hombres menos intolerantes y reaccionarios.

Allí tuvo tambien la primera coliccion con el clero mexicano.

Sorprendido de no encontrar en su diócesis al obispo Gárate, mandó que su secretario Iglesias lo invitase á venir, por conducto del ministro Velazquez de Leon, en un telegrama del 17 de Agosto de 1864.

El mismo dia avisó el ministro de Estado que Gárate no queria ir porque el edificio que se le señaló para palacio episcopal no estaba habitable, y no era decoroso que fuese

á una casa como huésped: decia, ademas, su Illma., que la estacion de aguas no era conveniente para ponerse en camino con su numerosa familia.

Maximiliano no comprendió cómo el Cristo, el Hijo de Dios habia nacido en un pesebre, y su apóstol, el obispo, solo encontraba digno de alojar su persona y á su numerosa familia un palacio: se irritó el emperador; pero en ese primer ensayo de su régia impotencia tuvo que limitarse á amenazar al obispo con participar lo ocurrido al papa.

Ademas fué personalmente á algunos pueblos de la Sierra á hacer bautizar á personas de veinticinco años, que no habian recibido aún este y otros sacramentos. Para tener un emperador que se encargara de ser el vicario oficioso y lego de los obispos que no cumplieran con sus deberes, no valia la pena de que la Francia hubiera gastado su oro, y de que esta nacion y México derramaran la sangre de sus pueblos.

Y sin embargo, el obispo era el que tenia razon: los protectorados reales sobre la Iglesia, los recursos de fuerzas, la vigilancia á lo Floridablanca, todo habia concluido: solo queda de hecho, aunque Roma lo niegue aún, la independencia de la Iglesia y el Estado: aquella en su órbita, es, pues, soberana, y en su disciplina interior solo pueden decidir sus prelados. La república habia sido mas lógica en proclamar esa segregacion.

Pasado este negocio, y otras pequeñas contrariedades que tuvo Maximiliano con las autoridades reaccionarias que encontraba á su paso, continuó su viage para el Interior del país.

Durante ese viage fué cayendo poco á poco el velo con que los hombres de la intervencion habian cegado al archiduque, para obligarlo á aceptar la corona. El soberano cada dia comprendia mas, que el imperio era enteramente impopular; que las actas de adhesion y la universalidad de

la proclamacion eran una farsa muy torpemente urdida por la intervencion y los intervencionistas.

El menor ensayo le bastó para persuadirse de ello: por ejemplo, lo siguiente.

Disgustado Maximiliano con las personas que la Regencia habia colocado en los puestos por sus opiniones reaccionarias, en cada poblacion llamó á los liberales que en ella habia para ofrecerles los empleos.

Y en todos, con muy pequeñas escepciones, se encontró el ánimo firme de no servir al imperio. Convites, seducciones, engaños, todo se puso en juego inútilmente. El mismo retraimiento observó en los habitantes mas estraños á las conmociones políticas: hasta los indiferentes le volvian la espalda.

La desilucion de Maximiliano fué completa.

Y en esto no supongo sino que infiero, siguiendo los preceptos mas severos de una buena lógica.

Segun ella, no concibo que los hombres que rodeaban á Maximiliano hayan podido mantener á este en el engaño con que lo sorprendieron durante algun tiempo. La verdadera situacion debió conocerla muy pronto el archiduque, porque con su recto juicio y con la inteligencia tan rica de que estaba dotado, sabia apreciar perfectamente á los hombres y á las cosas. Ademas, que esto esplica el apresuramiento con que alejó de su lado á los partidarios de la intervencion, á los mismos que tanto habian cooperado á elevarlo. Las notas secretas que existen en el archivo de Maximiliano, y en las cuales, por órden alfabético, están juzgados los intervencionistas, prueban que el imperio no podia estimarlos al retratarlos con colores tan sombríos.

Algunas de esas notas escritas por el mismo Eloin, son la biografía mas terrible y denigrante de algunos de los personajes del imperio.

En ese viage acabó sin duda Maximiliano de resolverse á adoptar una política liberal.

Maximiliano tenia una alma templada para los grandes heroismos, pero no para las grandes resoluciones.

Su primera impresion siempre era mala, y mas tarde, cuando la reflexion surgía, se veia precisado á modificarla. Esto esplica los graves errores que cometió durante su reinado, y la incontestable acusacion de inconsecuencia que han hecho á su carácter.

Voy á decir qué me ha inspirado esta semblanza.

En Setiembre de 1864 estaba el emperador en el pequeño pueblo de Dolores, lugar adonde se proclamó por vez primera en 1810 la independencia de México.

No sé si el recuerdo glorioso de que está impregnado aquel sitio, ó el deseo de conciliarse las simpatías del pueblo mexicano, inspiró á Maximiliano la desgraciada idea de pronunciar un discurso patriótico á las once de la noche del dia 15 de Setiembre en el balcon de la casa del cura Hidalgo.

En esa alocucion hablaba el emperador de *nuestra* patria, de *nuestra* águila, de *nuestra* bandera, y de *nuestra* independencia. Las primeras frases eran venales, la última era terriblemente inoportuna. No habia, al usar ese idioma, el valor de la situacion; un emperador extranjero, apoyado por bayonetas extranjeras, no puede hablar de independencia á la raza subyugada, sin caer en una sangrienta inconsecuencia.

Y tan es esto cierto, que ese discurso hizo un eco fatal en la nacion. Los conservadores, á quienes la revolucion contra la metrópoli nunca ha sido muy de su agrado, al ver proclamada esa independencia que habian entregado á la Francia, inculparon á Maximiliano, en su despecho, que de su rango de soberano descendiese á hacer el papel de orador de club popular. Los liberales no aceptaron las pala-

bras del archiduque, sino como un insultante sarcasmo, y como una farsa ridícula.

Ambos eran injustos en su aseveracion. Lo cierto era que Maximiliano cometia un error político, arrastrado, como siempre, por el entusiasmo que debe haber levantado en su ánimo el recuerdo de la accion heróica del anciano párroco.

En los dos años siguientes de 65 y 66, repitió la misma falta.

Pasadas las festividades nacionales, Maximiliano dispuso tornar á México, trazando el derrotero de su viage por Michoacan.

Apenas habia vuelto á México, cuando el mariscal Bazaine le pintó, en un informe fechado el dia 3 de Noviembre de 1864, la angustiosa situacion que guardaba el país.

Segun el general en jefe, el tesoro público estaba arruinado, el clero era immoral además de hostil al nuevo orden de cosas, y las autoridades imperiales ineptas y corrompidas.

Maximiliano sintió un nuevo desaliento al ver su impotencia, y llamó á un ministerio enteramente liberal.

Pero antes de recorrer esa vía de desengaños y defeciones que cruzó Maximiliano durante su reinado efímero, voy á tornar á la República: no quiero seguir el ejemplo de los ingratos que olvidan á los que están en desgracia.

---

El cuartel general francés guardó siempre, como regla invariable de conducta, la táctica infame de callar siempre las derrotas que sufrieron algunas de sus columnas. Querria poder decir, cuando saliera del país, que la bandera francesa jamás habia retrocedido frente á sus enemigos.

Y sin embargo, el cuartel general francés mentia: aunque en virtud de su ocultacion ningun documento de los suyos

lo menciona, los franceses han sido vencidos en Zacualtipam, en Álamos y Mazatlán, y Douay tuvo que retirarse en Atenuique. Para pasar la intervencion al otro lado de las Barrancas, fué precisa la defeccion de uno de los gefes de la República.

Pero esta tambien habia sufrido graves pérdidas. La derrota de Matehuala, por ejemplo, habia sembrado un profundo desaliento en todos los ánimos.

Y sin embargo, en unos cuantos meses habia vuelto á turbarse la calma que se sintiera por un momento. Los franceses eran dueños tan solo del terreno que pisaban.

En Veracruz, Alatorre, Parra y García mantenian la insurreccion. Juan Francisco permanecia intacto con sus fuerzas en la sierra de Puebla.

Carbajal, Cuellar, Benavides y Tellez expedicionaban desde Huachinango hasta las poblaciones mas centrales del Estado de Puebla.

Michoacan y el Sur de México estaban completamente incendiados, menos cuatro ó cinco ciudades.

En San Luis Potosí solo la capital permanecía tranquila bajo la intervencion: lo demas del Estado lo ocupaban las tropas nacionales.

Zacatecas y Jalisco estaban casi todos ocupados por las fuerzas republicanas.

En todo Oaxaca imperaban los liberales.

En fin, pueden calcularse las fuerzas que sostenian aún al gobierno constitucional de Juarez, en cuarenta y tres mil hombres, segun los datos oficiales de aquella época.

No era, pues, cuestion de gendarmería, segun habia dicho la *Estafeta*, sino de hacer muchas campañas y bien sostenidas, porque algunas de ellas se habian perdido, y en poder de los liberales habia muchos prisioneros, lo cual desmiente la reputacion de invulnerables que ha querido dar Kératry al ejército francés.

Bazaine, atendiendo á esta situacion tan angustiosa, se dispuso sériamente á hacer la campaña de Oaxaca personalmente.

Castagny lentamente avanzaba sobre Chihuahua.

—  
¿Qué habia acontecido al gobierno del Sr. Juarez?

Desbaratada la rebelion de Vidaurri, el gobierno se estableció en Monterey desde los primeros dias de Abril de 1864, adonde permaneció hasta Agosto del mismo año.

Cada dia se me estrecha mas el espacio: no puedo seguir paso á paso á ese gobierno fugitivo, rodeado de asechanzas y pobre, pero que era aun la única esperanza de salvacion del país. Mientras existiera, la Francia no podia estar tranquila, porque no podia legalmente erigir un nuevo orden de cosas, cuando estaba aun en pié la fórmula legal de la República.

El dia 15 de Agosto salió Juarez de Monterey á las tres de la tarde.

Quiroga, perdonado por el gobierno, estaba en la plaza. Y al ver la terrible situacion en que se encontraba el poder republicano, quiso intentar un golpe de mano que acabara con el gefe supremo de la nacion, con lo cual creia ganar una alta posicion en el imperio.

En la mañana del mismo dia 15 tiroteó á la fuerza insignificante que habia quedado en la ciudad. Y en la mañana del dia 16 se arrojó sobre el carruaje del presidente, que habia pernoctado á cuatro leguas de Monterey. La pequeña escolta de Juarez se batió con decision, con rabia, y rechazó al traidor.

Quiroga tomó á Monterey, se declaró gobernador sustituto de Nuevo-Leon: entonces Vidaurri volvió á su lado. Pero Castagny, que habia salido hacia dias del Saltillo, ocupó á Monterey, remitió á México á Vidaurri y Quiroga,

y nombró las autoridades locales, conminando con la pena de seis meses de prision á los que no aceptaran el encargo.

El gobierno, entretanto, se retiraba lentamente por el camino de Monclova: las dos divisiones del ejército republicano que quedaban aun, marchaban á su vez á reunirse al gobierno.

Ese grupo de hombres que llevaban con tanto brío la bandera nacional, siguieron marchando aun, haciendo una peregrinacion de trescientas leguas, recorriendo los Estados de Coahuila, Durango y Chihuahua.

Dos veces avanzó una fuerza francesa sobre aquel grupo, y dos veces retrocedió de una manera inesplicable.

No puedo escribir en todos sus detalles la epopeya de esa última faz de nuestra historia: acaso fué menos gloriosa la retirada de Jenofonte.

Pero sí me detendré, aunque brevemente, dos veces en ese camino, para enarrar dos episodios tiernísimos que dejaron un recuerdo indeleble en los que los presenciaron.

El día 15 de Setiembre de 1864, mientras celebraban los que habian entregado á su patria el aniversario de la Independencia en la capital de México y demas poblaciones ocupadas por los invasores, en el pequeño pueblo denominado la Noria Pedriseña, perdido allá en nuestra frontera occidental, el gobierno republicano tambien solemnizaba ese recuerdo nacional.

En la pequeña capilla del pueblo, reunidos aquellos hombres, llenos de fé y sin que los agobiara la desgracia, oian las palabras llenas de entusiasmo patriótico de Manuel Ruiz.

¡Pobres desterrados, que batidos como fieras por el extranjero, pisando los últimos girones del suelo libre de México, tenían aun una invocacion que lanzar á la bandera de Iguala!

Al día siguiente se pusieron en camino, pernctando en la hacienda del Sobaco.

Era el 16 de Setiembre, día tambien consagrado á un aniversario patriótico.

El gobierno lo celebró tambien con una magestuosa sencillez, al aire libre, cerca de la puerta de la hacienda. Juárez, sus ministros, algunos liberales que lo acompañaban y los soldados del batallón de Guanajuato y de la escolta del presidente: hé aquí toda la comitiva.

¿Qué habia quedado, de tanta protesta contra la intervencion? ¿Adónde estaba tanto patriota que habia jurado morir defendiendo la independencia de la patria? ¿Adónde se hallaban los que se habian enriquecido á la sombra de la República?

La defeccion habia aclarado las filas republicanas, y muchos se sentaban ya sin rubor á la mesa imperial.

Solo aquel grupo permanecía fiel: y en aquel desierto invocaba los manes de nuestros héroes, como un grupo de druidas que entonaran su cántico de guerra contra los romanos, al pié del dólmen erigido en el bosque sagrado.

El campo adonde se celebraba aquel aniversario era un anfiteatro formado por un semicírculo de montañas que lo limitaban por un lado: al otro corria el Nazas. La luna se levantaba en el horizonte, como si obsequiara la plegaria de la sacerdotiza, recortando fuertemente las líneas sombrías de la montaña, y rielando en las móviles ondas del río.

Aquel cuadro era grandioso.

Los patricios tomaron asiento como en un Consejo de Natchets: solo uno de ellos permaneció en pié.

Era Guillermo Prieto, el trovador nacional, que seguia leal y lleno de patriotismo la estela de nuestra mala fortuna.

Era el orador nombrado para el discurso alusivo. ¿Conocen mis lectores á Prieto?

De una talla regular, de un busto redondeado por la grasa, con unas bellísimas manos, que deforma el poco aseo que

con ellas tiene, la figura de Prieto está en perfecta disonancia con su alma de poeta. Aquel rostro animado, pero común, es un sarcasmo en un trovador. Sus carrillos gruesos y laxos bajan hasta el cuello rebosando sobre la corbata, como una masa blanda que se apretara en el hueco la mano y saliera entre los dedos. Sus ojos pequeños centellean detrás de los cristales de sus anteojos de patillas de oro, y su boca grande y mal cubriendo una pésima dentadura, está siempre dilatada por la mas franca de las sonrisas.

Pero Prieto es todo corazon: es el hombre que siente mas que piensa, de impresiones rápidas, pero profundas, y que recibe el último giro que se le imprime con solo tocar su sentimiento: este le ha reportado la imputacion de inconsecuencia; pero es una mala apreciacion, como todas las que hacen los contemporáneos. Y en último análisis, Prieto es un gran poeta, un buen orador y un excelente patriota.

De la garganta de aquel hombre salia un torrente de elocuencia: el tribuno estaba á la altura de la situacion en aquella tiernísima solemnidad.

Aquel cuadro era digno de la pluma de Lamartine, del buril de Doré.

Al dia siguiente llegó el gobierno á Nazas, adonde se resolvió á aguardar las operaciones de la campaña que iba á abrirse.

Se pensó atacar á la fuerza francesa desprendida de la guarnicion de Durango.

El encuentro tuvo lugar cerca de la hacienda de la Estanzuela.

Patoni ocupó el cerro de Majoma, Alcalde la llanura, y Carbajal se arrojó, á la descubierta, sobre la columna francesa.

Los franceses tomaron la iniciativa concentrando su ataque sobre Majoma: así nivelaron sus fuerzas, porque solo se batieron 800 hombres del ejército nacional.

El coronel Martin, que mandaba la columna francesa, murió á los primeros disparos, dividido por una bala de cañon.

El ataque fué impetuoso y terrible, y los zuavos fueron rechazados tres veces.

La posicion del cerro la defendia el general Gaspar Sanchez Ochoa, ese jóven soldado, el tipo del valor y de la caballerosidad, tan demócrata, tan instruido, tan leal con su patria y su bandera.

Ya millares de veces lo habian encontrado á su frente los franceses, siempre victorioso, siempre desafiando la muerte con la sonrisa en los labios, y desde la paralela de Puebla que quitó al sitiador hasta los campos lejanos de Chihuahua y Sonora, iba á arrancarles la victoria.

Patoni, Ojinaga, Fernandez, todos se batian brillantemente. Castro y Aranda quedaron gravemente heridos.

Al fin se perdió el cerro de Majoma, y el resto de las fuerzas mexicanas tuvo que retirarse, despues de haber combatido de una manera heróica.

Apesar de haberse efectuado la retirada en un órden perfecto y con tal brío que los franceses no se atrevieron á molestar á los liberales en la noche de ese dia, 21 de Setiembre de 1864, se desbandó una parte de la fuerza, quedando disuelto así el ejército de Occidente.

El general Sanchez Ochoa ordenó aquella retirada, salvando batería y media, casi arrastrando las piezas á brazos de sus soldados.

El gobierno entónceş se retiró hasta Chihuahua, haciendo su entrada á la capital del Estado el dia 12 de Octubre de 1864 á las cinco de la tarde.

El pueblo se empeñó en recibir al presidente Juarez al pié del monumento de Hidalgo, levantado cerca del sitio adonde fué fusilado por los españoles el anciano mártir de Dolores.

Con pesar refreno mi pluma y me abstengo de entrar en todos los detalles de la lucha que desde entónces continuó en todos los ámbitos de la República. Pero un oscuro anotador no tiene pretensiones de escribir historia.

Solo tengo que tocar ahora un incidente, el golpe de Estado de Noviembre.

El general Gonzalez Ortega, presidente constitucional de la Corte de Justicia, se dirigió al ministerio de relaciones exteriores y gobernacion, pretendiendo que el período constitucional de Juarez terminaba el 30 de Noviembre. En tal virtud pedia encargarse del mando supremo, protestando siempre, que solo cumplia con un deber de conciencia, exigiendo que se fijara la inteligencia de los preceptos constitucionales.

Lerdo de Tejada, ministro de relaciones, contestó hábilmente dicha nota, y dió un perfecto disfraz, (ó ropage, lo que se quiera) de legalidad á la prorogacion del período presidencial, sosteniendo que este terminaba hasta 30 de Noviembre de 1865.

Yo no quiero perder las páginas tan pocas de que dispongo para debatir este punto. El gabinete tendria acaso razon en aquel momento, pero no la tuvo prorogando su dictadura mas allá de 1865, segun su propio argumento.

Pero si fué un error ó una violacion constitucional, el hecho es que con ella se salvó el país. Si Juarez abdica en aquellos momentos difíciles, se hubiera roto el lazo de union entre los defensores de la nacionalidad mexicana, se pierde la bandera de la República, y se hubieran hecho á la vez imposibles las buenas relaciones de la Casa Blanca con el gobierno constitucional, con lo cual hubiera perdido nuestra causa el principal de sus apoyos.

El gobierno mexicano se estableció en Chihuahua definitivamente, hasta el 5 de Agosto de 1865, dia en que salió para Paso del Norte, adonde llegó el 14 del mismo mes.

Desde allí continuó organizando la defensa del país sin desmayar ante los desastres de sus fuerzas, ni con las penurias de la situacion.

Allí tenemos que abandonarlo para tornar la vista á Maximiliano.

Estas bruscas transiciones me obligarán á mi vez á cometer las supresiones de que he acusado á Kératry: pero siempre las lagunas que haya en esta historia serán menores.

El ilustrado Kératry ha entrado en tales detalles acerca de las relaciones continuas que existían entre el gabinete imperial y el cuartel general francés, que me refiero en todo á su dicho.

Tan solo me limito á rectificar sus inferencias.

El conde asegura, como consecuencia de los documentos que inserta en su obra, que los personajes que rodeaban á Maximiliano, precipitaron el imperio, por haberlo puesto en pugna con la política francesa, á la cual eran notoriamente hostiles.

Yo por el contrario deduzco que la Francia precipitó al imperio á un abismo, aumentando la penuria de su tesoro, despopularizándolo con los actos de su ejército, llenándolo de desprestigio con usurpar á los agentes de Maximiliano la autoridad que este les delegara, y por último, quitándole su apoyo natural, el partido conservador, quien se vió desde el principio despreciado de sus aliados, lastimado en sus creencias y en sus intereses, y defraudado en sus esperanzas políticas.

Pero sobre todo esto, lo que mas resalta es una verdad clara y luciente como la luz meridiana: que Maximiliano y

los suyos, y la Francia oficial y Bazaine, estaban empeñados en levantar un absurdo, el imperio mexicano.

Era el engendro de una concepcion monstruosa, el feto abortado no viable.

La presencia en México del ejército francés, no tenia razon de ser.

Algunas veces la civilizacion ha sido llevada á algunos paises sobre los escudos de los soldados invasores: pero entonces la conquista ha necesitado hacerse colonizadora para lograr el comercio del progreso y de las luces, y obtener la mejora de la raza por el cruzamiento.

Pero en el siglo diez y nueve la Francia no podia plagiar las irrupciones de las razas del Norte en Europa, sino que apenas imitaria las bárbaras carnicerías de Jurgutha y Jura.

Bazaine no podia ser el mejor colono con sus cortes marciales y sus fusilamientos: el fusil no suple al arado. Tenia, pues, que limitarse á ser interventor; y si continuaba interviniendo en México, apesar del tratado de Miramar, tenia forzosamente que intervenir los actos de su gobierno.

De aquí la curatela francesa sobre Maximiliano, de aquí que este se retorciera bajo la mano del galo para escaparse de esa suyeccion.

Y cuando Kératry dice que el emperador fué un verdadero soberano, que procedia con absoluta libertad de accion, Kératry se equivoca.

En igual error se deslizan los imperialistas que aun sostienen que el imperio gobernó por sí solo.

Maximiliano jamás fué rey sino en el nombre.

¿Cuál de los ramos de la administracion pública estaba bajo su direccion?

La hacienda pública dependia de la intervencion. Esta comenzaba á ejercer su fisealizacion desde las primeras fuentes de los ingresos en las aduanas marítimas; en su

mecanismo interior estaba impulsada, ó coartada mas bien dicho, por las clásicas nulidades financieras que vinieron á hacer un solemne fiasco en nuestro suelo, desde Budin, Corta y Langlais, hasta el célebre monomaniático Friant. Y Montholon y Danó, arreglando á su antojo la deuda exterior y la convencion francesa, y la comision mixta recar-cando la bancarrota pública, y el crédito Jecker saldándose íntegro contra toda justicia, y Bazaine exigiendo como un acreedor importuno é intratable, el pago de la lista militar, y..... ¿era libre Maximiliano para disponer de la hacienda del imperio?

En el ramo de guerra el hecho es menos discutible aún. No podía armarse un hombre, ni componerse un fusil, ni moverse una patrulla sin la orden del cuartel general.

Hasta el ministro de la guerra que se permitió tener á Maximiliano, Peza, era una sombra cuya presencia en el gabinete era una lujosa superfluidad. Cuando faltaban al emperador tan solo algunos meses para ser fusilado fué cuando se le dejó disponer de sus fuerzas, y entonces ya no era tiempo.

Quitados al soberano esos dos brazos indispensables á todo gobierno, el dinero y las armas, ¿qué le quedaba?

La administracion interior era una ilusion, puesto que quienes realmente la ejercian eran los comandantes superiores, ingiriéndose en todo, y que solo concedian autoridad á ios gefes políticos ó prefectos para que ministraran alojamientos á los oficiales franceses, y proporcionaran espías que les avisaran los movimientos de las fuerzas liberales.

Ni en la cuestion religiosa que tanto interesaba al partido intervencionista, y cuya mala direccion influyó tanto en la caida del imperio, ni en la cuestion religiosa pudo seguir Maximiliano las inspiraciones de la conveniencia, que le aconsejaban no pugnase de frente con el clero.

Lo mismo puede decirse de la administracion de la ley.

La justicia civil embrollada en su totalidad en el laberinto del código español, las derogaciones mexicanas y la mezcla de decretos reaccionarios y progresistas, era un mito impalpable: la situacion de vaguedad en todas las materias afectas por las leyes de reforma que tenian los tribunales por la indecision del soberano, heria tambien de muerte muchos y muy graves intereses contenciosos. La justicia criminal, escepto de una copia que aun quedaba de los *jueces de vara* de la época vireinal, estaba en su mayor parte confiada á las cortes marciales y normada por el código francés que se habia declarado vigente.

¿Adónde estaba, pues, la soberanía del emperador?

Así es que apenas llegó á México despues de su paseo hasta Guanajuato, en Setiembre de 1864, cuando tuvo el primer choque con el cuartel general, con motivo de los comisarios franceses de hacienda que la intervencion habia repartido en todas las administraciones de haciendas de los departamentos, como se denominaba entonces á los Estados.

Maximiliano se decidió á organizar su ministerio con los hombres que siempre habian estado filiados entre los demócratas: ya antes he esplicado el origen de esta decision del archiduque.

Por un momento voy á detenerme en ese grupo que come el pan amargo del destierro, ó bien que vive llevando encima la excomunion política con que fué castigada su infidencia.

Dos juicios pesan sobre esos hombres, que fueron los que realmente vinieron á constituir el partido imperialista: uno el que hace la Francia, siendo su mejor espresion la que ha dado la severa pluma de Kératry: otro, el que hacemos nosotros. Examinaré ambos.

Kératry, es decir, la autorizada voz del gefe de la expedicion, acusa á las autoridades del imperio de haber sido profundamente torpes por su ignorancia en materias de ad-

ministracion pública, y de haber traicionado al emperador por su ódio á los franceses, y por sus compromisos con los juaristas.

El mismo Bazaine lo dice así en uno de los documentos que obran en la obra anterior.

Pero Bazaine se equivoca.

Para rectificar lo que asienta, á la vez que lo que dice Kératry, recordaré un episodio.

Pedia Maximiliano financieros que le arreglaran la hacienda, y Francia le enviaba sin duda lo mejor que tenia.

Venian, trabajaban, formaban su plan hacendario, y ya terminado lo presentaban al consejo del emperador. Allí habia un empleado viejo en el ramo, el cual á cada proyecto formulado por los estadistas franceses, contestaba manifestándoles el mismo proyecto elevado en México al rango de ley algunos años antes, y que no habia dado resultados. Entre nosotros todo se ha ensayado inútilmente.

Algunos de esos financieros fueron á acabar á una jaula de locos en Bicetre.

Yo no pregonó la excelencia de la administracion de Maximiliano, pero tampoco debo exagerar sus faltas; menos la presencia del extranjero fué torpe como todas, porque principalmente se lucha aquí con la falta de elementos de todo género.

En cuanto á la acusacion de connivencia con los juaristas, esto es un absurdo.

Kératry y Bazaine no conocen lo intransigentes que son entre nosotros los partidos. Y sobre todo entre los defensores de la independencia y los que se ligaron al extranjero, habia una laguna de sangre que solo podia cegar el tiempo; pero no eran posibles esas transacciones entre enemigos mortales.

Y si no, recuérdese que al triunfar la República todos los imperiales estuvieron cerca del cadalso, y que solo los

salvó la clemencia de la nacion. Si hubiera habido traidores, estos habrian ido á sentarse al festin de la victoria.

Hablo así, porque sé mantenerme imparcial.

Los liberales que sirvieron á Maximiliano, solo fueron infidentes con su patria, pero con el soberano fueron leales. Este es el juicio que formó de ese partido la nacion.

Unos aceptaron el trono como una tabla de salvacion en medio del naufragio de la nacionalidad y el progreso: otros como negocio mercantil. Los primeros no reportaron el anatema de la historia, sino el inflexible castigo de su error: los segundos no son perdonables.

Imposible me seria seguir la crónica de palacio durante el reinado del archiduque; me detendré tan solo en aquellos hechos que debo mencionar.

¿Qué sistema empleaba Maximiliano para atraerse partidarios?

Era la atmósfera irresistible de simpatía que se ecsalaba en torno de él.

Y sin embargo, algunas veces fracasaba en su seducion.

Uno de sus deseos mas vivos habia sido atraerse á D. Fernando Ramirez, porque lo consideraba una de las ilustraciones del partido liberal: pero todo habia sido en vano, halagos, promesas, empeños, todo se habia estrellado en la firmeza del viejo patricio.

Este se vió al fin un dia arrastrado al gabinete imperial, adonde lo recibió el emperador.

La conferencia fué larga.

Maximiliano espuso á Ramirez el plan que habia concebido de regenerar completamente á la nacion con los principios mas progresistas del siglo, consolidando la paz, la libertad y el órden. Le hizo comprender que la restauracion republicana era imposible, como lo era vencer al ejército francés, y que siendo innegable que las tropas intervencio-

nistas habian de durar por muchos años en México, era un crimen negar el hecho consumado y no aprovecharlo en favor de la causa del progreso y el adelanto, dejando que los conservadores se aprovecharan de la situacion. Que no siendo dable á Ramirez ni á los demás liberales derrocar al imperio, debian ayudarlo desde que daba garantías á sus principios.

Razones de alta conveniencia política, de patriotismo, todo fué inútil; el antiguo demócrata, aunque se sentia conmovido y convencido, no quiso quebrantar su resolucion ni dejar de ser fiel á la causa republicana.

Se negó, pues, de una manera perentoria á adherirse al imperio.

Entónces se describió la cortina que cerraba la puerta del gabinete que conducia á las habitaciones interiores.

Apareció la emperatriz Carlota en el dintel de aquella puerta.

Avanzó lentamente acercándose á los dos interlocutores.

Y tendiendo la mano á Ramirez, le dijo con su voz breve y armoniosa:

—Todo lo he oido. Al negaros á servir á nuestro país, ayudando en su obra grandiosa al emperador, no demostrais mucho patriotismo. Pero lo que no habeis cedido en el debate, lo cedereis á una mujer que os lo suplica, y yo, la emperatriz, os ruego que ingreseis al consejo de ministros, pues no creo que temais correr nuestra buena ó mala suerte.

Ramirez inclinó aquella cabeza proeminente y nutrida en el estudio: su alma apasionada no pudo resistir aquel ataque, y cedió.

Así ingresó al ministerio, y con él muchos de sus amigos, como ese honrado viejo, D. Manuel Orozco y Berra, tan instruido, tan probo y tan lleno de lealtad.

La República los marcó con el estigma de infidentes: es

justo; pero la imparcialidad de la historia exige que se consignen las virtudes privadas de esos hombres arrastrados por un error de su conciencia.

La descripcion de este período de nuestra historia, está perfectamente seguido por el ilustrado Kératry, salvo su apasionada afecion por el ejército francés, en cuyas filas militaba.

Reasumiré para mayor claridad, puesto que solo me queda por hacer la sinópsis de la crónica imperial.

Maximiliano tenia, en suma, los siguientes obstáculos en su administracion:

La intervencion francesa ingiriéndose en los ramos políticos, cercenando los recursos hacendarios, multiplicando la deuda pública, y estorbando la creacion de un ejército mexicano, que mas tarde pudiera servir de sostén al imperio, cuando se retirara el cuerpo espedicionario.

La cuestion religiosa que jamás se resolveria con los términos medios que intentaba usar el emperador, y que le enagenaron las simpatías de Roma, y lo privaron del apoyo del clero y de los reaccionarios.

La miseria del tesoro, que no permitia cubrirse la lista civil y la militar: sin dinero, no hay servidores, no hay, por tanto, gobierno.

El espíritu público que no aceptaba la dominacion extranjera, ni la fórmula monárquica.

La lucha con los defensores de la República, que tenia que ser perpetua y terrible.

Y por último, la política norte-americana, que era la amenaza de muerte de la monarquía.

Maximiliano se debatía entre esos imposibles, y ni su génio ni su vasta instruccion, ni su buena voluntad, podian vencerlo.